

Apuntes para una apología de la esperanza en tiempos de oscuridad

*Carlos Pérez y Zavala**

*La oscuridad no puede deshacer la oscuridad:
únicamente la luz puede hacerlo.*

MARTIN LUTHER KING JR.

Resumen

En este texto se exploran las condiciones actuales de un dilema milenario acerca de la oposición entre el mal y el bien. La existencia de condiciones políticas y sociales que caracterizan a varios actores predominantes en nuestro tiempo nos hace pensar en un retorno a sistemas políticos totalitarios, que no respetan los derechos humanos y, al mismo tiempo, a la presencia de poblaciones enteras que demandan mejores condiciones económicas, políticas y sociales para ejercer dichos derechos. La esperanza sigue siendo un rasgo que caracteriza un humanismo que vela también por el bienestar colectivo. Tal vez hacer una apología de la esperanza puede ser una tarea muy ingenua ante la debacle de una crisis civilizatoria. Sin embargo, parece que no tenemos alternativa y es necesario proponer salidas a nuestros laberintos de infortunios.

Palabras clave: crisis civilizatoria, totalitarismos, esperanzas, utopías.

* Profesor e investigador del Departamento de Educación y Comunicación Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco. Correo electrónico: [cperez49@yahoo.com.mx] / ORCID: [0009-0000-0286-656X].

Abstract

This text explores the current conditions of a millenary dilemma about the opposition between evil and good. The existence of political and social conditions that characterize several predominant actors in our time makes us think of a return to totalitarian political systems that do not respect human rights and at the same time the presence of entire populations demanding better economic, political and social conditions to exercise these rights. Hope remains a trait that characterizes a humanism that also looks out for the collective welfare. Perhaps making an apology for hope may sound very naive in the face of the debacle of a civilizational crisis, but we believe that we have no alternative but to propose solutions to our labyrinths of misfortunes.

Keywords: civilizational crisis, totalitarianism, hopes, utopias.

Hace más de sesenta años Hannah Arendt escribió un libro emblemático acerca de los hombres en tiempos de oscuridad (Arendt, 1990). Ella se refería a varios intelectuales y filósofos que padecieron la catástrofe política y moral que vivió la humanidad a lo largo de la primera mitad del siglo xx. Resulta muy pertinente pensar si en nuestro tiempo, no estamos en presencia de signos y evidencias de un renovado autoritarismo imperial, de la vuelta de regímenes totalitarios que aparecen en varias latitudes y que presagian tiempos oscuros que amenazan nuestro presente. En este espacio, intentaremos plantear algunas de las opciones que tenemos para evitar que prevalezca el mal y sus consecuencias, a partir de considerar las condiciones de posibilidad de la esperanza y el cultivo de acciones orientadas a garantizar el respeto a los derechos humanos.

Proponemos una reflexión sobre el lado luminoso de la naturaleza humana. Si bien es cierto que la realidad que nos acompaña en los últimos tiempos no nos anima a pensar en esto, hay que hacer el intento, aunque a primera vista es una ingenuidad plantear que existan ámbitos virtuosos y rasgos auspiciosos en el comportamiento de los

seres humanos, particularmente de los actores políticos. Con todo, pensamos que es necesario encontrar un cierto equilibrio cuando nos planteamos el estudio de la naturaleza humana. El bien, al igual que el mal, siempre han existido en la historia humana, en las filosofías, en los mitos, en las cosmovisiones, en las religiones universales aunque lo que ha colonizado nuestra mirada ha sido preponderantemente el lado oscuro de lo que nos constituye como sociedades y como sujetos.

No es necesario insistir en que estamos en una era caracterizada por el ejercicio del mal; la ignominia, la crueldad y la violencia parecen rasgos constitutivos del ejercicio del poder en las instituciones formales e informales, y en la confrontación entre diversos actores sociales, sobre todo en sociedades que alientan el individualismo, la competencia desleal y el autoritarismo.

El estudio de esta faceta de nuestra especie nos ha acompañado prácticamente a lo largo y ancho de la historia universal. En los conflictos bélicos, en las invasiones, y en la consolidación de totalitarismos en el siglo pasado, hemos constatado que estamos condenados a sobrevivir en un mundo desigual, injusto y polarizado y tal vez, en un proceso de extinción en medio de una crisis civilizatoria.

Para ejemplos de lo que estamos viviendo sólo hay que mirar algunos periódicos, noticiarios nacionales o internacionales para hacer un recuento interminable de actos de violencia, guerras fratricidas, genocidios y comportamientos imperiales de las potencias y sus aliados. Todos estamos bajo la amenaza del resurgimiento de dictaduras y totalitarismos, como es el caso de nuestro vecino imperial que ha retomado con creces su condición de considerarse el policía del mundo, y proponerse como modelo imprescindible para un futuro distópico. Lo que está sucediendo en Gaza nos hace pensar en la implacable naturaleza del mal. La ilimitada crueldad con la que el gobierno de Israel intenta desaparecer a millones de palestinos y expulsarlos de sus tierras, representa una tragedia irresponsable que actualiza los peores rasgos del lado oscuro de la naturaleza humana, una historia escalofriante que no respeta ningún precepto

internacional y que lleva a cabo una masacre y acciones de exterminio sin ningún recato.

En este contexto parece una acción condenada al fracaso, resaltar los ámbitos esperanzadores, los rasgos creativos, las acciones desinteresadas que postulan un humanismo a pesar de lo que estamos viviendo. Sin embargo, una vez más, insistiremos en pensar en el otro lado de la moneda porque de no hacerlo, estaremos revalidando un proyecto de sociedad y de futuro que apunta hacia su propia desaparición y que ignora las demandas de las mayorías.

Hay, desde luego, una historia que contar cuando queremos enumerar las acciones humanas, sociales, comunitarias y altruistas que han señalado la necesidad de construir una filosofía humanista, condiciones de vida igualitarias y justas, una política que busque la redistribución de la riqueza y la socialización de justicia y una propuesta de futuro en donde se respeten los derechos humanos.

A lo largo de la historia, encontramos ventanas de esperanza que señalaron vehementemente el humanismo como bandera que mostraba un futuro posible. En Occidente y en Oriente, tenemos ejemplos de filósofos, líderes sociales, clérigos y hasta políticos que apostaron sus vidas por una humanidad creativa, compasiva y solidaria con los menos favorecidos. Platón, entre otros, sentó las bases de una utopía que proponía el amor, la amistad como guías del conocimiento del mundo y como banderas de una propuesta ética para el comportamiento humano. El imperativo categórico de Kant no sólo establecía una medida de nuestro quehacer como sujetos cognoscentes, sino que incluía desde luego una forma de autoconciencia de las consecuencias de nuestros actos en un mundo con los otros.

El humanismo renacentista y la ilustración en el siglo XVIII impulsaron el sentido de una revolución del conocimiento, y también de los valores que deberían sustentar una sociedad moderna y promotora de los derechos humanos básicos. Los románticos y sus filosofías, en el siguiente siglo, apuntalaron reflexiones sobre los destinos de una humanidad que, a pesar de todos los obstáculos, buscaba una integración de metas sociales y anhelos individuales, inquietudes

filosóficas que siguen presentes y que promueven una coexistencia pacífica en una sociedad contradictoria y compleja pero que al mismo tiempo buscan un equilibrio que nos permita pensar en un posible proyecto sustentable, armónico e igualitario.

En Oriente tenemos muchos ejemplos, pensadores, monjes y líderes espirituales que hasta la fecha, propugnan por una armonía entre lo que se piensa y en lo que se hace como integrantes de un proyecto de sociedad armónico y respetuoso de la vida humana y de la naturaleza. La conjunción entre espiritualidad y existencia es elocuente en las filosofías y religiones en estas latitudes.

En la filosofía budista encontramos un concepto muy interesante que alude a la supuesta existencia de una bondad fundamental (Trungpa, 1984). Aun en los casos más controvertidos de personajes que han perpetrado acciones crueles, malévolas y con plena conciencia de sus actos, consideran los budistas que hay, al menos algunos momentos, rasgos que podrían señalar la existencia de una cierta bondad fundamental.

Para Trungpa, quien fue responsable de difundir en el pasado reciente la filosofía budista en Occidente, la bondad fundamental posee una lógica muy sencilla:

Cuando hablamos de bondad fundamental, no hablamos de tener una preferencia por lo bueno y rechazar lo malo. La bondad fundamental es buena porque es incondicional o primordial. Está ahí, de siempre, de la misma manera que el cielo y la tierra están ahí de siempre. No rechazamos nuestra atmósfera, no rechazamos el sol y la luna, las nubes y el viento; los aceptamos. Aceptamos que el cielo es azul; aceptamos el paisaje y el mar. Aceptamos las autopistas, los edificios y las ciudades. La bondad fundamental es así de básica, así de incondicional. No es un punto de vista a favor ni en contra de algo, de la misma manera que la luz del sol no está a favor ni en contra de nada (Trungpa, 1984: 49).

En los ámbitos sociales de este lado del mundo podríamos poner ejemplos relacionados con el propio pueblo del Tibet, que sufrió una

invasión inclemente, cruel y desproporcionada de la China comunista en los años cincuenta del siglo pasado y que hoy recupera la alegría y las festividades que le permiten celebrar sus tradiciones y sus apuestas por la vida.

En Occidente, es muy difícil para muchos de nosotros pensar en la existencia del bien, a partir de que hemos sido testigos de múltiples actos inhumanos, violentos y crueles.

Voltaire nos hizo pensar, desde hace mucho tiempo, en la imposibilidad de un mundo perfecto a pesar de la confianza que sus personajes de la novela *Cándido o el optimismo* (Voltaire, 2010) depositaban en la existencia una salida a todos nuestros males, el mejor de los mundos posibles.

No podríamos dejar de hablar de la importancia de la literatura, la música, la poesía, la artes visuales y otros lenguajes artísticos como expresiones de los mejores rasgos de sociedades creativas y propositivas de un mundo mejor. Tanto en Oriente como en Occidente el arte ha sido un vehículo privilegiado para ejercer la crítica a los sistemas sociales y, al mismo tiempo, ha permitido incorporar los ámbitos de las subjetividades sociales en las narrativas colectivas.

La respuesta a los desastres y oscuridades del mundo social ha consistido en hacer de nuestra vida personal, de nuestra cotidianeidad un espacio de resguardo, de resistencia que nos permite la posibilidad de reír, celebrar, amar y disfrutar nuestra vida en la medida de lo posible. Sin embargo, para preservar estos rasgos auspiciosos de la naturaleza humana, es necesario desarrollar proyectos de vida, estrategias de existencia que prefiguren comportamientos y subjetividades colectivas que apunten a la solidaridad y la construcción de vínculos con nuestros semejantes. Sólo es a partir de incidir en nuestros espacios grupales, institucionales o comunitarios que podemos aspirar a que prevalezca una cosmovisión solidaria, humanista en el conjunto de la sociedad. Sabemos que lo individual y lo social no sólo coexisten, sino que son inseparables y dependen uno de otro. Por ello la creatividad, la resistencia y la bonhomía tienen que conjugar inevitablemente nuestras metas y deseos personales con los de nuestra colectividad.

Siempre estarán presentes ambos escenarios posibles en nuestra existencia. No podremos eludir, y menos en estos tiempos, la presencia del mal y de sus actores intelectuales y materiales. De la misma manera no podremos evitar escenarios y condiciones sociales y personales que nos harán dudar de que exista una salida a nuestro malestar. La cultura misma es el vehículo inmanente que nos recuerda que somos vulnerables y víctimas propiciatorias de los peores intereses y proyectos que buscan lograr sus metas a costa de quien sea y como sea. Incluso, desde la perspectiva de Freud, el mal no es erradicable y en *El malestar en la cultura* dejó planteados varios dilemas de nuestra propia ambivalencia para superar nuestras contradicciones como especie. En el último párrafo dejó expresada una síntesis de las ambivalencias que nos habitan:

A mi juicio, el destino de la especie humana será decidido por la circunstancia de si —y hasta qué punto— el desarrollo cultural logrará hacer frente a las perturbaciones de la vida colectiva emanadas del instinto de agresión y de autodestrucción. En este sentido, la época actual quizá merezca nuestro particular interés. Nuestros contemporáneos han llegado al extremo en el dominio de las fuerzas elementales, que con su ayuda les sería fácil exterminarse mutuamente hasta el último hombre. Bien lo saben, y de ahí buena parte de su presente agitación, de su infelicidad y su angustia. Sólo nos queda esperar que la otra de ambas “potencias celestes”, el eterno Eros, despliegue sus fuerzas para vencer en la lucha con su no menos inmortal adversario. Mas ¿quién podría augurar el desenlace final? (Freud, 1970: 151).

Es cierto que la presencia de la violencia, la crueldad y voracidad por conseguir mayor poder de muchos actores sociales estarán presentes en nuestros escenarios personales y sociales. Sin embargo, también es cierto que ante esto tenemos la posibilidad de elegir pautas de comportamiento que nos permitan estrechar vínculos, crear espacios de convivencia y ambientes propicios para la coexistencia con nuestros semejantes.

Tampoco podremos esperar que nuestros problemas personales y nuestras penas y desencuentros con nuestros seres queridos y con nuestras familias serán menores. Lo que hay que transformar es nuestra actitud y disposición de enfrentar lo que nos aparece cotidianamente en nuestros ámbitos inmediatos. El buscar salidas y respuestas constructivas y resolver colectivamente nuestros problemas es sólo un mapa de ruta, cartas de navegación para hacer la vida social más gentil y armoniosa. Ante la ambivalencia de nuestra realidad social y personal estamos siempre enfrentados a la incertidumbre y eso no va a cambiar. La esencia misma de la vida humana es ambivalente, y esa ambivalencia penetra hasta los más profundos estratos de nuestro inconsciente.

Sabemos que nuestros duelos, nostalgias y miedos seguirán su propio proceso y simultáneamente nuestra realidad social será incierta y promotora de retos y enigmas que no se pueden predecir. La existencia humana ha sido siempre una apuesta a la preservación de la especie, sin embargo, ante la imposibilidad de erradicar la violencia, la crueldad y el mal, siempre estamos ante los dilemas fundamentales que nos colocan entre la vida y la muerte, entre la luz y la oscuridad.

Es imprescindible promover espacios para la creación, para la construcción de nuevos imaginarios sociales que revitalicen los rasgos de un humanismo presente en nuestra cultura. Es necesario un proyecto de vida que favorezca la expresión de las emociones y pasiones que apuntan hacia una búsqueda del bienestar colectivo, oportunidades para seguir sembrando buenas acciones en nuestro quehacer cotidiano. En apostar a la construcción de una sociedad más justa, igualitaria, democrática y, al mismo tiempo, a una subjetividad social que apela a los mejores rasgos de nuestra promesa de un futuro armónico probable y posible.

Los comportamientos virtuosos de personas en la vida cotidiana nos hacen posible pensar que siguen vivos los deseos de mirar por el bienestar colectivo, y no sólo por nuestra propia situación como individuos aislados. A pesar del neoliberalismo que muchas sociedades modernas adoptan como modelo predominante y que alienta una

salida siempre individual, desmarcada de cualquier vínculo comunitario o de un proyecto social de bienestar colectivo, siguen existiendo personas que ven por los demás, que cultivan una consciencia social.

En la vida cotidiana existen rasgos de solidaridad colectiva, de apoyo a las poblaciones vulnerables, y de políticas del cuidado que nos permiten observar que no todo está perdido. La presencia de comportamientos gentiles, amigables y solidarios de una buena parte de la humanidad se muestra en la importancia del humor, de la risa y del juego. Ya Eugene Fink (1965, 1966) nos había alertado de la importancia de estos ámbitos al considerarlos fenómenos fundamentales y constitutivos de la experiencia humana. El papel del juego en la existencia humana, por ejemplo, es un principio vital y autónomo que este autor considera constitutivo de seres humanos portadores y creadores de subjetividades libertarias. Mientras en una sociedad sigan presentes estos rasgos en las relaciones entre las personas independientemente de sus ideologías, posiciones sociales o religiones es posible pensar en un futuro posible.

El acto de cuidar a nuestros semejantes, a nuestros seres queridos, a los seres vivos que nos circundan y al medio ambiente ha estado muy presente en los últimos años; tal vez el haber transitado por una larga pandemia, y por la experiencia de desastres naturales y despropósitos de los actores políticos aunado al clima de terror que hemos padecido a causa del incremento de la violencia, de las desapariciones y extorsiones por parte de grupos criminales, ha dado una especial significación a instrumentar políticas sociales que estimulen el cuidado.

Un ejemplo muy reconfortante se relaciona con el cuidado que los jóvenes muestran por el medio ambiente y los espacios naturales en donde convivimos con plantas, animales y elementos que están en grave peligro a partir de la voracidad de las políticas de desarrollo vertiginoso y la explotación de los recursos naturales de los proyectos capitalistas.

Una lectura de las subjetividades sociales de la población mexicana a partir de la capacidad de resistirse, reponerse a las tragedias, naturales y sociales puede ser un ejemplo de que, a pesar de todo, po-

demos seguir confiando en que es posible un mundo mejor. Ejemplo de ésto, es la respuesta de la sociedad civil ante catástrofes naturales tanto en 1985 como en 2017, en donde a causa de los sismos hubo cientos de muertos y miles de damnificados. Así una vez más confirmamos la existencia de comportamientos solidarios y de apoyo a los conciudadanos y, al mismo tiempo, una apuesta a que siguen vivos los vínculos comunitarios y las acciones solidarias a las poblaciones accidentadas o menos favorecidas.

Otra muestra de conciencia política y de indignación ante las injusticias de instituciones estatales o grupos criminales, la vivimos en la respuesta de millones de personas que demandan y exigen justicia ante la desaparición de los jóvenes de la Escuela Normal Rural de Ayotzinapa. Crímenes devastadores y que provocaron heridas en la sociedad que aún siguen abiertas.

Nuestro país se enfrenta a retos tanto externos como internos. A pesar de las múltiples variables que han puesto a prueba la existencia de una nación independiente, con fuertes anhelos democráticos y con vulnerabilidades aparentemente insuperables, el pueblo de México sigue cultivando la solidaridad, la construcción y revitalización de vínculos comunitarios y la esperanza de que se pueden superar las adversidades.

En cuanto a las amenazas externas destaca, sin lugar a dudas, la que abandera el gobierno de Estados Unidos que pretende quebrantar nuestra autonomía como nación, pauperizar a la población en su conjunto y expulsar a los millones de migrantes mexicanos que participan en las actividades económicas dentro de ese país.

La respuesta de las autoridades mexicanas ha sido muy prudente y muy sensata ante los despropósitos de la clase política estadounidense y, al mismo tiempo, ha sido acompañada por una amplia base social que ha expresado de diversas maneras un apoyo a las acciones gubernamentales de la presidenta mexicana. Ante esta política devastadora estadounidense la sociedad mexicana reforzará sus vínculos y alianzas a partir de la vehemencia de un país muy poderoso y muy irresponsable. Es decir, a la larga será aún más sólida la conciencia política de una sociedad que ha visto que es posible enfrentar este

tipo de retos y lograr superarlos. Las alianzas en este caso serán cada vez más amplias y fortalecerán acciones de defensa y de conservación de vínculos solidarios entre diversos grupos y clases sociales. La construcción de nuevas subjetividades será también producto de consensos y acuerdos que nutrirán lo que a grandes rasgos llamamos identidad nacional. Solidaridad compartida con los vulnerables, con las comunidades indígenas, con los migrantes y con la población que vive en la pobreza o en la extrema pobreza.

En el ámbito interno, el actual régimen heredó un problema muy complicado que se refiere a los altos índices de violencia que se registran en varias entidades de nuestro país. El empoderamiento de grupos criminales que fue catapultado por los regímenes priistas y panistas en los años recientes, sigue siendo un gran problema y no se ve que se vaya a resolver en el corto plazo. Ante esto, el pueblo sigue siendo un factor fundamental para dotar de legitimidad a un gobierno nacionalista, garante de la soberanía y decidido a mantener sus fronteras intactas.

Como una primera respuesta a estos problemas por parte de la ciudadanía, observamos que es necesario tomar en cuenta los rasgos de un pueblo que expresa conductas solidarias ante los más desprotegidos, que apoya a las minorías en su lucha por sobrevivir a todas estas desventuras y que no pierde su apego a tradiciones milenarias, formas de convivencia y actos celebratorios que condensan cierta identidad cultural.

Estamos convencidos de que sólo mediante la construcción de colectivos, de organizaciones sociales que se gestan desde la horizontalidad y a partir de consensos amplios y transparentes es que podremos construir un punto de partida.

Ante la debacle de todas las formas de organización social y política convencionales, vemos que es necesario inventar nuevas estrategias y nuevos espacios de participación, que nos permitan establecer vínculos y redes de apoyo para los retos que enfrentamos. Resurgimiento de racismos, clasismos, por ejemplo, que han retomado fuerza en los últimos tiempos. Por ello, hay que reflexionar sobre lo que nos corresponde hacer como ciudadanos, más allá de las acciones de

los actores políticos convencionales, tenemos que tomar el problema desde su base y pensar colectivamente cuál puede ser nuestra tarea en la construcción de una sociedad diferente.

Desde las ciencias sociales se han perfilado algunas propuestas que inician generalmente con la instrumentación de procesos de resistencia y de desobediencia civil ante los preceptos de un supuesto orden político impuesto desde arriba. El papel de las redes sociales, más allá de sus efectos alienantes, son también plataformas para potenciar vínculos y nuevas formas de sembrar comunidad.

También desde la filosofía vemos cómo se han abordado los problemas actuales de la sociedad a partir de una búsqueda de sentido de lo que aparece cada vez más como un vacío, como simulacros de un supuesto contrato social.

Lo que corresponde a los hombres y mujeres libres de estas sociedades bajo el supuesto sistema democrático es construir un nuevo sentido, redefinir los conceptos y replantear los significados que puedan ser escuchados y entendidos por las mayorías, por los excluidos, por los ciudadanos que forman las organizaciones de la sociedad civil, por los sujetos indignados por el estado de la cosas que padecen desde hace varias décadas.

Una propuesta vigente que nos recuerda que el ejercicio del poder debe ser una tarea asumida por los ciudadanos indignados, que luchan cotidianamente en contra de la ignominia y la descomposición de la sociedad. La construcción de acciones y representaciones que alimentarán sin duda a los movimientos sociales que abandonarán causas relacionadas con el respeto a los derechos humanos, el restablecimiento de libertades ciudadanas, la autogestión en los sindicatos y grupos sociales que buscan reivindicaciones económicas justas para las clases trabajadoras.

Al mismo tiempo, la producción de nuevos imaginarios sociales serán la plataforma para que los jóvenes indignados que luchan por el respeto al medio ambiente construyan alternativas y estrategias de rescate ante las acciones ecodidas de los gobiernos y las empresas privadas.

Hay también comunidades indígenas y colectivos que nos muestran que tenemos que asumir que nos enfrentamos a enemigos for-

midables que no han dejado de lucrar con las desventuras y los sinsabores de las mayorías. Ellos saben, y ahora nosotros también, que estamos enfrentando una tarea que seguramente no podrá resolverse en el corto plazo y, por ello, es necesario fortalecer los colectivos, reforzar los vínculos y las redes sociales para estar preparados y superar estos tiempos de oscuridad.

En suma, se puede decir que la condición de legitimidad del Estado en México, como agente preponderante en el ejercicio de la violencia, nos deja muchas preguntas y sobre todo nos hace pensar en que son necesarias acciones radicales de reestructuración de las instituciones para recuperar la estabilidad que garantice la gobernabilidad y un pacto social que nos permita construir un clima de paz social.

El otro frente que no podemos descuidar y tiene una gran relevancia consiste en producir, crear imaginarios sociales que postulen la posibilidad de una sociedad diferente, creaciones culturales, proyectos educativos, construcción de símbolos y significantes que aludan y apunten hacia un futuro posible. Estas tareas ocurren simultáneamente con nuestras acciones políticas y son inherentes a cada una de las propuestas de comportamiento sustentando una nueva moral social. Por ello, el cambio inicia con nuestras propias acciones en los terrenos de la cotidianidad, con nuestras familias, nuestras parejas, amigos y conocidos que son nuestro punto de partida para empezar esta tarea cuanto antes.

Referencias

- Arendt, Hannah (1990), *Hombres en tiempos de oscuridad*, Gedisa, Barcelona.
- Fink, Eugene (1965), *Fenómenos fundamentales de la existencia humana*, Editorial Karl Alber, Friburgo.
- Fink, Eugene (1966), *El oasis de la felicidad*, Instituto de Investigaciones Filosóficas (Colección Cuadernos), México.
- Freud, Sigmund (1970), *El malestar en la cultura*, Alianza, Madrid.

Trungpa, Chögyam (1984), *Shambhala. La senda sagrada del guerrero*, Editorial Kairós, Barcelona.

Voltaire (2010), *Cándido o el optimismo*, Grupo Editorial Tomo, México.

Fecha de recepción: 11/03/25

Fecha de aceptación: 24/07/25

DOI: 10.24275/tramas/uamx/202564517-530